

Diego Pinillos

**FELICES COMO BESTIAS**

«Resolución», «Contra Jaime Gil de Biedma», «París postal del cielo», «Ribera de los alisos», «Canción de aniversario», «En el nombre de hoy», «No volveré a ser joven», «A una dama muy joven, separada», «Conversación», «Intento formular mi experiencia de la guerra», «Peeping Tom», y «Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma», *Las personas del verbo*. © Jaime Gil de Biedma, 1982 y Herederos de Jaime Gil de Biedma.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Diego Pinillos Fernández, 2023

Autor representado por la Agencia Literaria Editabundo, S. L.

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1148-154-0

Depósito legal: M. 654-2023

Printed in Spain

*A mis padres*



«Nunca vuelvo a gusto a Rímini, es como una parálisis. El retorno me parece una complaciente y masoquista insistencia de la memoria: algo teatral, literario. [...] Cuando estoy en Rímini, soy agredido por fantasmas archivados.»

FEDERICO FELLINI

«Tú sigues siendo el recuerdo aquel que una vez bailó conmigo un rato y se fue.»

LA OREJA DE VAN GOGH



# Cuídate

---

Esto te va a molestar, pero eres mucho menos especial de lo que crees. Es decir, claro que no hay mucha gente capaz de sentir un flechazo en un cementerio, y menos en uno perdido en mitad de la meseta castellana, con el aire mitad wéstern mitad *kitsch* que tienen esos sitios, repletos de cardos y vírgenes de plástico descoloridas. Pero te puedo asegurar que no eres el primero ni el último que cae rendido en un lugar así, en una de esas necrópolis absurdas, bajo un cielo azul *Los Simpson* insultantemente anticlimático. Ahora, ese del que te estás enamorando sí es especial. Aunque solo sea por el hecho de que no *debería* estar allí.

Él también se ha dado cuenta de que le estás observando. Puede, incluso, que piense que eres especial por lanzarle una mirada como esa en un lugar tan poco apropiado. Lleva abrigo de levita, aunque no hace tanto frío, y parece algo desorientado. Piensas en un fantasma ofendido por haber sido enterrado en semejante horterada de camposanto, pero te recuerdas que no eres tan especial como para dedicarte al espiritismo. Como mucho, puedes adivinar que es escorpio, ascen-

dente géminis, porque, pese a lo mágico de su presencia, hay en su sonrisa una clara voluntad de conocerte; y porque la intuición astrológica es algo que llevas en la sangre, a diferencia de la nigromancia.

Estáis así un rato, mirándoos. Te resulta familiar. Enamorarse es un poco como hacer una grieta en el samsara, una fisura espaciotemporal que muestra los resquicios de prehistóricos amores que acaban siempre por encontrarse en los ciclos eternos de la reencarnación. Hay que ver lo místico que te has despertado esta mañana. O quizá sea el cementerio, que siempre activa dentro de ti ese no sé qué intensito por el que te hiciste emo en primero de bachillerato.

Sea como sea, el tío te suena, y a lo mejor tú también le has sonado a él, porque se acerca con paso decidido, con aires como de querer revelarte que un día fuisteis carpas sintoístas que se fecundaban con alegría en algún estanque perdido del Japón.

En realidad es mucho más discreto.

—Buenas tardes.

Y te da la mano. De frente resulta —como todo el mundo— menos atractivo. Es mayor de lo que habías percibido, aunque ese nunca ha sido un problema para ti, ¿verdad?

Porque, sin ser tu tipo, es tu tipo. Porque, a pesar de la edad, la calvicie y lo redondo de su cuerpo, hay algo magnético en las patas de gallo que multiplica el efecto de su sonrisa, en su barba canosa, en su mano delicada y fría que ahora mismo aprieta la tuya. Un aire de elegancia aristocrática que sí es absolutamente tu tipo.

—Buenas tardes —respondes, sin apartar la mirada de sus ojos pequeños, porque tú también eres un poco *femme fatale*—. ¿Nos conocemos?

Él dibuja con sus cejas un deje interrogativo que es casi una invitación.

—Si nos conociéramos lo recordaría.

Oh, por Dios, no puedes rendirte ante algo como eso.

—¿Me das un cigarro?

Apagas el tuyo contra el suelo y sacas la cajetilla de Lucky Strike mentolado. Él la mira con curiosidad y tú liberas dos cigarros blancos perfectos.

—¿Pasa algo? —preguntas, reventando la burbujita del mentolado.

—Nada. Lo de «fumar mata». —Se inclina para que le enciendas el cigarro—. Es una espantosa campaña de venta. Y, créeme, sé de lo que hablo.

—Les obligan a ponerlo.

—¿De verdad?

—Llevas mucho sin fumar, ¿eh?

Él se ríe y arquea las cejas. Sus dientes amarillos te recuerdan a los del gato de *Alicia en el país de las maravillas*. También su aura, como si fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Encantado —dice—. Yo soy Jaime.

\* \* \*

Un mes antes sí pensabas que había algo en lo que podías ser especial: organizando fiestas. Quizá venga de

ese complejo tuyo de ama de casa victoriana, residuo también de algunas de tus reencarnaciones pasadas y que explica, además, dos hechos intrínsecos a tu vida: uno, que te gusten los hombres con traje; y dos, que Elvira haya empezado a llamarte Mrs. Dalloway.

—Magnífica fiesta, Mrs. Dalloway.

Sigue con la bromita, bamboleando con una mano la copa de vino blanco —Rueda, a mí no me vengas con hostias—, mientras en la otra reposa un cigarrillo que lleva ya un rato apagado. Elvira siempre tiene las dos manos ocupadas y te habla de nuevas oportunidades. Que se vayan a la mierda los del programa. Peor para ellos. Ya es hora de ponerse a escribir como Dios manda porque tú, por supuesto, eres muy especial, y vas a llegar a ser un gran escritor. Haces como que sus palabras no te consuelan, aunque lo hagan —mucho—, y te aferras a tu copa con fuerza, como si fuera lo único que te mantuviera dentro de ese decorado.

El vino, la fiesta, la música. Tus amigos deambulando en torno al perímetro de la cocina, epicentro por excelencia de una fiesta en Madrid. Da igual que la gente se acerque a ti para consolarte o, peor aún, para felicitarte por tu cumpleaños. Todo eso se lo dicen a tu yo *perfecto anfitrión*, y no a tu yo de verdad. Tu yo de verdad solo aparecerá cuando todos se hayan ido a sus casas y tengas que decidir qué haces con tu puta vida. Hasta entonces, solo queda disfrutar de la fiesta.

Y ojalá permanecer congelado ahí, en ese momento, con el alcohol adormilando tu ansiedad y la at-

mósfera cargada de música *indie* y risas lejanas. Con Elvira acunándote para siempre en su regazo literario donde todos los libros parecen hacerse realidad. Especial, aunque solo en eso de organizar fiestas. Importante, aunque solo sea por unas horas. Achispado, pero ni de lejos borracho.

—Menudo poder de convocatoria. —Elvira sonrío y da una vuelta de algo más de trescientos sesenta grados—. Pero tanta juventud me hace sentir vieja, que lo sepas.

—Yo también me siento viejo.

—Por Dios, ¿con veintiséis años? Me ofende usted, Mrs. Dalloway.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

Elvira te acaricia el hombro sin soltar su difunto cigarro.

—Sé perfectamente a lo que te refieres.

Así, teatral, divina. Llegan entonces tus otros amigos, los del máster de escritura creativa, los *otros* alumnos de Elvira, y os rodean, parloteando por encima de la música. Hablan de concursos, de hipertexto y de arquetipos. De alcohol también, interrumpiéndose para cantar que si «mil campanas suenan en mi corazón, qué difícil es pedir perdón», y hace su intervención el tipo que siempre informa al resto de que Alaska vota al PP, e inaugura la ansiada discusión sobre la estrecha línea que separa la *performance* y el ser de derechas. Y Elvira ríe. Y tú también ríes.

Cierras los ojos. Al fondo del salón está él. Miguel. Apenas un mes antes de encontrar a Jaime en el ce-

menterio solo él ocupa tus pensamientos. Lo ves ahí, de pie. Con su devastadora sonrisa de hombre triste. Con su traje impecable, su pelo canoso casi largo, su aire trágico impostado. Te mira como la primera vez que te vio en aquel bar, haciendo como si no pasara nada, como si nada acabara de volar por los aires.

Sonríes acercándote a él, que sigue fingiendo que no te ve. ¿Te das cuenta de lo que significa tenerle ahí? Debe pensar que eres muy especial para reunir a tanta gente. Debe pensar que tiene mucha suerte de cono-  
certe. De que seas tú el destinado a salvarle de su vida de mierda. ¿Te das cuenta de lo que significa?

—Ehhh, ¡feliz cumpleaños!

Alguien interrumpe tu periplo. Al girarte descubres una cara conocida, querida..., indiferente. Te abraza, te acaricia. Asientes con diplomacia.

—Qué bien que hayas venido.

—Mola la fiesta... ¿Dónde dejamos las chaquetas?

—En la habitación del fondo. Ahora nos vemos...

Te giras y le buscas. Pero ya no está. En realidad, Miguel nunca ha estado. Jamás se presentaría en tu fiesta de cumpleaños y menos después de lo que pasó. Pero qué bonito hubiera sido, ¿no? Verle ahí, de pie, disimulando. Y un relámpago cruza tu mente. Vas hacia el ordenador. Abres Spotify y añades un disco entero en la cola. Luego bebes de tu copa mientras te acercas a uno de los grupos que se han ido formando y sonríes.

*Perfecto anfitrión.*

\* \* \*

Justo al salir del cementerio, el sol desaparece. El cielo ha tenido la delicadeza de ajustarse al ambiente general y dar paso a un impredecible gris tormenta. Mientras camináis, Jaime exhala el humo del cigarrillo, que se entremezcla con el ozono, y le observas con detenimiento, tratando de recordar en qué vida pasada te fundiste con él.

—¿A quién venías a ver?

Dudas. Él lo lee como una mala explicación por su parte.

—En el cementerio.

—A nadie —mientes.

—¿Y entonces...?

—Me gustan los cementerios. —Ahí sí dices la verdad—. Desde siempre. Cuando tenía como dieciséis años me pasaba el día rondándolos. Me relajan.

—Uy, eso roza la necrofilia, caballere. O, lo que es peor, el romanticismo. —Alarga cada palabra con un retintín que podría identificarse como esnob, levantino o mezcla de ambos—. Además, eres muy joven para ser tan decadente.

Respiras hondo porque el paternalismo estaba tardando en aparecer. Consideras seriamente largarte de allí, pero ya es demasiado tarde. El tal Jaime ha conseguido ponerte cachondo y en ese pueblo no hay muchas oportunidades de follar con otro hombre.

Aunque tampoco con una mujer, siendo justos.

—Y tú un poco viejo cotilla, ¿no?

—¡Qué carácter! ¿Te he ofendido?

—No me gusta que me juzguen por mi edad. Y menos si acaban de conocerme.

Jaime sonríe. No sabes muy bien si con ternura o deseo. Tienes poco tiempo para analizar su expresi3n porque enseguida cambia a otra de profunda sorpresa.

—Qu e barbaridad...

Inspeccionas vuestro alrededor y no encuentras nada que justifique su actitud. La carretera rodeada de campos des erticos ha dado paso a unos chalets adosados de un gusto cuestionable. Unos árboles recién plantados tratan de dar vida a un paseo obscenamente nuevo. Unos coches aparcados recuerdan la existencia de vida inteligente en ese planeta.

Y nada m as.

— Alg n problema? —preguntas.

— Qu e día es hoy? —Se ha quedado parado en mitad de la acera.

—Miércoles. Trece de noviembre.

Un coche tuneado pasa a toda velocidad. Jaime lo sigue con la mirada.

—Es mi cumpleaños.

No sabes muy bien si habla en serio. Una mujer con un perro horrible sale de uno de los chalets y camina hacia el centro del pueblo sin reparar en vosotros. Notas algo raro en la cabeza. Al girarte, captas el gris del asfalto ennegreci ndose a base de múltiples gotas que acaban por oscurecer el color de toda la carretera.

\* \* \*

Sonia, tu compañera de piso, se pone a bailar, frenética, al ritmo de un teclado envolvente que invade

la fiesta y da paso a una voz dulce, angelical, filosófica.

—Hacía mazo que no escuchaba esta canción.

Un escalofrío recorre las espinas dorsales de un porcentaje importante de los asistentes, que se ven, de pronto, en el asiento trasero de uno de esos turismos que habitaron la Tierra a finales de los 90 y principios de los 2000. Instalados justo detrás del tiempo, a punto de iniciar un viaje al ritmo de las corcheas muteadas de una guitarra.

Recuerdas aquella cinta. En ese momento un disco no se podía poner en el coche. Y vaya una manera, entonces, de viajar con él. Era mejor ese casete pirata de color azul que la prima Celia te grabó y que decoró con Stick & Stack —se quitan y se ponen—, y una etiqueta con caligrafía preadolescente donde podía leerse claramente: «La Oreja de Van Gogh – El viaje de Copperpot».

—Esto sí que molaba, y no las mierdas que se hacen ahora.

—A mí me sigue pareciendo una horterada.

—Leire es guay. No es como Amaia, pero tiene su punto.

—Pero ya no es lo mismo. Esta sí es manera de empezar un disco.

Guardas silencio pensando en la cinta, en aquellos viajes, en esa letra que empieza a afectarte y te obliga a reinterpretarla. De pequeño, la cantabas sin pararte a pensar en lo que decía. Y ahora, dieciocho años después, esas palabras te susurran directamente al

oído una verdad incómoda. Como una profecía a la que no prestaste atención y hoy vuelve para recordarte que no puedes huir del destino.

—Es el efecto nostalgia este que tenemos los millenials. Si lo escucháramos hoy por primera vez, nos espantaría.

Y proclamada esta sentencia por parte del iconoclasta del grupo, el tema de la conversación va mutando hasta derivar en la nueva serie de HBO que tienes que ver porque, de verdad, está de puta madre. Sin embargo, el *power pop* sigue recorriendo la fiesta como un fantasma electrónico que posee de vez en cuando a alguno de los asistentes, obligándolo a tararear la letra.

Tus manos tiemblan. Notas cómo la sonrisa del personaje que has creado se resbala hacia el suelo. Pones una excusa torpe y te diriges al baño, chocándote con un amigo borroso, que sale justo en ese momento.

Cierras la puerta. Una atmósfera pesada de orín y marihuana lo contamina todo. El pecho te aprieta. ¿Asma? No. Es como en París. Otra vez. Y unas lágrimas espesas, como las de los dibujos de anime japonés, te brotan de los ojos, hasta dar paso a un llanto desgarrador que no puedes controlar. No quieres hacer ruido, no quieres llamar la atención, ni dejar de ser el perfecto anfitrión, pero por mucho que lo intentas no puedes detenerlo. Has abierto el grifo y ya no hay manera de cerrarlo.

\* \* \*